

Solo diez días después del encargo, Pascual Ralo apareció en mi estudio de la calle Na Jordana. Ahora me revuelve las tripas recordar el cinismo con el que presentó a su ayudante y, cómo no, sus obsesivas miradas al collage.

—Supongo que lo mejor es que no exista un orden —dijo—, que vayamos contando lo que hemos averiguado y usted comparta también lo que sabe. Todo mezclado, igual que sucede en ese cuadro.

—Bueno, en ese cuadro y en las vidas.

—Exacto —afirmó el ayudante—. En las vidas.

Los primeros recuerdos de Isaías, el único hijo de Ricardo Argüelles, corresponden a una remota infancia. De ella evoca un amanecer frío en el que su padre dijo que se marchaba. Y el tren. A Isabel Aguilar, su madre, diciéndole: di adiós al tren. La máquina jadeante que ponía en marcha el pesado armazón. Y, sobre todo, los últimos vuelos de un pañuelo blanco que bailaba al son del viento por la ventanilla.

Pero no recuerda el rostro de su padre. Ni el de antes ni el de después, ni el de joven ni el de viejo. Solo la locomotora que se aleja.

Sin embargo, cuando se detiene a pensar en él, cuando intenta rescatar su esencia del olvido, no puede guardarle rencor por las ausencias ni por los desengaños.

Eso fue lo que consiguió su madre silenciando la verdad: que el niño no odiara a Ricardo Argüelles por haberlo abandonado.

De la madre, Pascual Ralo y su ayudante solo dijeron que había muerto cinco años atrás. Que estaba enterrada en el pueblo.

Y en ella estaba pensando mientras los focos me deslumbran y la silueta de una multitud informe de cabezas se adivina tras las luces. En Isabel estaba pensando, con la sonrisa de postín que me he vestido, como la que durante tantos años debió de llevar ella delante de Isaías. La sonrisa que vela los sentimientos.

No contaron nada más. Tampoco yo pregunté. Pero sí hablaron del camino de la chopera, el que transcurre paralelo al río. El que acaba arriba, en el cementerio. El camino en el que comenzó a fraguarse el amor, si es que el amor se puede fraguar. Hablaron del camino, sí.

Pero de ella, nada.

Cantón de Vaud, veintisiete de mayo de 1969¹

Querida Isabel:

Creo que en un mes a mucho tardar dos podré traerlos Tengo tantas ganas que no me ago a la idea De momento bete preparando los trastos ropa, buena cosa de calcetines y camisetas y pana y de comer que es lo que más se echa en falta

Cuando veas el piso que tengo alquilao lo mismo te quieres volver pa casa yo te voy abisando paque no te lleves desengaños.

(...) y es que como nos va cambiando la vida (sabes de lo queme acuerdo muchas veces? (sabes de que? De nuestro camino el de la choperita (recuerdas? me muero de ganas de que las cosas bayan a mejor pa volver y andarlo de cavo a rabo, una vez otra como si necesitara pisarlo para darme cuenta de que todo sigue igual que antes de marcharme de que he buuelto porque estar tan lejos Isabel tan lejos de vosotros de nuestra tierra de nuestra gente al final se va a convertir en una mala pesadilla y no en el sueño de esperanza del que hablaba el albaceteño.

Trabajar trabajo mucho hay una obra en cada esquina y ahora cuando acabemos dentro de tres meses nos enviarán a hacer el ferrocarril. Los suizos no quieren ni oír hablar de poner ladrillos o montar railes y mientras nosotros bamos sumando pa bolver o traerlos pacá

(...)

Os quiero

Ricardo

Dije —a Pascual Ralo y a su ayudante— que me costaba creer que Ricardo Argüelles hubiera escrito aquella carta. Y sin embargo los trazos infantiles de una firma primitiva delataban la existencia de una persona que se había esfumado en la nebulosa del tiempo, que había desaparecido ¿por culpa de un sueño? Miré la carta de nuevo.

—Qué sucede —preguntó el ayudante.

—Nada. —Había llegado el momento de la gran función. Les hablaría de Mirta Bowler, de Orsson Beans, de la Rue du Jura, del tiempo en que Ricardo Argüelles perdió la identidad. De las noches en aquel tugurio de Lausanne, de los aplausos...

¹ Con algunos recortes , se transcribe tal y como aparece en el original escrito por Ricardo Argüelles el 27 de mayo de 1969, según anexo incorporado por Pascual Ralo en dossier documental.

A Mirta Bowler no podrá olvidarla nunca. Tampoco las noches inverosímiles en el piso de la Rue du Jura que alquiló poco después de que el Albaceteño abandonara Lausanne.

Y cuando la recuerda, llora. Quizá por aquella otra vida que dejó en el andén. Por la nostalgia de los primeros besos furtivos en un pueblo del que solo existen las sombras del pasado: los restos de un apeadero con varias pintadas de carboncillo en la fachada, en lo que queda de fachada; y en el interior, excrementos de perro, de zorro, de hombre, escombros y un banco astillado. Un camino que nace en algún lugar indeterminado entre calles difuminadas, que asciende por la iglesia, incólume aunque dolida, un camino que deja la estela de un amor. Aún se levantan los chopos, a ambos lados, ajenos a lo que ha sucedido, legendarios, testigos mudos de un sinfín de vivencias. Y al fondo, un olmo seco defoliado por no sabe qué insecto, y el cementerio en el que entraron una noche unos vándalos que fueron a robar el descanso eterno a los muertos.

—Eso queda del pueblo —dijo Pascual Ralo.

—No está muy lejos. ¿Lo conoce? —preguntó el ayudante.

—No.

—Mejor así. Ahora van a hacer un pantano o una presa o no sé qué y lo sepultarán bajo las aguas.

—Y todas sus historias desaparecerán al menos que alguien las rescate del lógamo en el que queden sumergidas.

—Cómo dice.

—Nada. Hablaba entre dientes.

El ayudante de Pascual Ralo preguntó:

—¿Y ese cuadro?

—Es un collage.

—Ya he visto que es un collage. Me refiero a que...

—Un Orsson Beans —maticé.

—¿Un Orsson Beans? —Superpuso el labio inferior al superior y me recordó al Ricardo Argüelles que llegó a Lausanne. Ignorante. Burdo. Y supuse que también pensó que aprendería lo que fuera necesario para no avergonzarse cuando alguien le dijera: «Un Orsson Beans».

—Y a ese Orsson Beans, ¿lo conoce usted?

Hubo un silencio.

—Creí que habían venido a hablar de Ricardo Argüelles.

—Es simple curiosidad —dijo—, porque no entiendo cómo se puede colgar alguien un cuadro como ese si no le une una amistad especial con el pintor.

—Hay que familiarizarse con él. No es un cuadro que guste a primera vista, que provoque el flechazo. Se ama con el tiempo. Además —añadí—, no era así en origen, lo que ustedes observan ahora solo es el cadáver.

—¿El cadáver? —preguntó Pascual Ralo, y se rio.

—Orsson quiso que el collage muriera, que fuera perecedero.

—No entiendo cómo puede morir un cuadro.

—Menos todavía entenderá que su muerte provocara una gran tristeza en el pintor.

—Si pretende que le sea franco, no. Tampoco lo entiendo.

—Y sin embargo, sucedieron: la muerte y la tristeza. Ambas. Se lo aseguro.

Sin título

Collage. Cal, arena, polvo de mármol, óleo, cobre, madera, carboncillo, piedra común, cartón, seda, otros materiales. 185 x 110 cm.

Sobre el fondo de estuco, se amalgama una mezcla de tierra roja en la parte superior derecha. En el centro, un punto negro, óleo. Carece de marco, lo rodea por los bordes un hatillo de hilos de cobre entrelazados sin ánimo de buscar la línea recta, de modo que presenta numerosas irregularidades. En la esquina inferior izquierda, una tablilla de madera soporta un reloj de arena azul, mal sujeto, con uno de los vasos sueltos. El único dibujo identificable es una mujer de carboncillo sobre una lámina de papel, al lado del punto oscuro. La mujer se encuentra desnuda y es gruesa, pero de formas recias, no desparramadas con la flacidez de un Botero, sino con una gordura compacta. En la parte inferior central una piedra de río se apoya sobre una rama de olivo seca y un pañuelo rojo con algunos brillos dorados. Quedan restos del cartón apelmazado que en algún tiempo contuvo efímeramente un trozo de hielo.

El propio Orsson Beans dijo que una parte de su cuadro sería perecedera y cuando llegué a mi casa de la Rue du Jura, ya había comenzado a derretirse. La pretensión del artista fue crear el cuadro original como un regalo exclusivo. Días después, cuando lo vio colgado en la pared de mi piso de la Rue du Jura, apenas lo miró de reojo, no con

indiferencia sino del mismo modo en que se escucha un exabrupto. Lo único que dijo fue que le parecía absurdo colgar un cuadro muerto.

La firma se encuentra en el lado superior, a la izquierda, como el membrete de una carta. Es una firma picuda, fruto de una mano atormentada: ©. Beans. Fue lo primero que pintó en la tabla, aún virgen, y después se giró sonriendo por debajo de la barba amarillenta, aquella barba que habría sido blanca si la nicotina no la hubiera impregnado a todas horas.

—Ya está lo más difícil —dijo.

—¿La firma es lo más difícil?

Ajeno a la pregunta, rebuscó entre los aparejos y cachivaches de aquel estudio abuhardillado donde creó toda su obra. No pareció encontrar nada que lo satisficiera, se levantó y cogió la paleta, un tubo manchado en el que ya no se distinguía la marca, e hizo ademán de vaciarlo sobre la madera pero un segundo antes cambió de opinión. Calculó a ojo dónde estaba el centro y vertió el óleo sin precaución alguna, de modo que algunas gotas cayeron al suelo y en la parte inferior de la tabla. Después se retiró cuatro o cinco pasos para observar qué había hecho y arrugó la cara, en una mueca de insatisfacción. Fue entonces cuando utilizó el pincel más grueso, casi una brocha, y removi6 en círculos, enérgicamente, como si estuviera preparando mayonesa. Se volvió a retirar y le dio una palmada en la espalda.

Ricardo Argüelles pensó que aquello lo podía haber pintado él, que cuando la gente hablaba de la genialidad del artista, no sabía muy bien lo que decía.